

CANCIONES DEL SUBURBIO, por Pío Baroja

«Baroja pacta con la erudición», se dijo en un tiempo cuando escribió veintidós tomos de reportaje histórico que bien contados son veintitrés, pues en «La Canóniga» todavía tenemos a Eugenio de Aviraneta en correteos e intrigas. Pero desde «Vidas sombrías» Baroja había pactado consigo mismo y con la vida. Parece pensar como el suntuoso escritor alemán que el mejor relato es el de la historia «contada por sí misma», cuando sucede por primera vez con la fuerza del hecho concreto. Baroja, el mayor testigo de la vida española de este siglo, ha pergeñado sus libros a un paso de la realidad. Desde hace cuarenta años entrega su obra exuberante y satisfactoria con una persistencia de estilo, empaque y criterio que nos aclara la solidez de su primer pacto subjetivo. Su alma jamás empolló ilusiones transitorias y los acontecimientos grandes y pequeños del arte y la política lo han dejado más ceñudo, malhumorado y melancólico sin alterar la consistencia y sentido que tuvieron los primeros brotes de su espíritu. Progresivamente vamos cayendo en la creencia de la significación de su figura como un símbolo que continúa y actualiza las corrientes más profundas y reales que caracterizan desde su iniciación la fisonomía del espíritu español. Llegará el seguro tiempo del balance decisivo, cuando el aluvión de las novelas de Baroja sea disectado y entendido con sistema y alta comprensión; sabemos que para entonces los literatos, políticos y grafómanos del insulto, estarán olvidados hasta por sus parientes.

Sorpresivamente Baroja, que al parecer se va, ha escrito entre sus novelas de siempre, «El caballero de Erlaiz» es la última, un extenso libro de versos: «Canciones del suburbio» que tienen el aire temático de las canciones populares de ciego. Baroja no podría llegar a la poesía en la vejez si no estuviera ya implicada en su obra desde el primer libro; existe un lugar en

ellos para la ternura y el libre sentimiento armonioso. El poeta más obscuro debe expresarse en lenguaje lógico y comprensible. A Neruda, por ejemplo, se le entiende y se le siente a primera vista, su idioma se martiriza en un perpetuo afán de expresar con la mayor claridad los cauces subterráneos del hombre o de su propia persona. Se le ve luchar con las palabras hasta hacerlas maleables y que digan un contenido vital difícil de salir. Baroja escribió su poesía aldeana y melancólica en el lenguaje de todos los días. Ahí están «Mari Belcha», «Aire de Balada», «Elogio del Mar Antiguo».

«Canciones del suburbio» es la síntesis versificada en correctas décimas de la substancia sentimental, trascendente, de sus novelas.

No queremos entrar en las «razones» de los poetas de oficio que comentan las «Canciones del suburbio». Tenemos ante nosotros a un escritor de genio que en sus dos últimas obras: «El caballero de Erlaiz» y el presente libro de versos, acusa un gesto de secreta tortura, abandono y repulsa casi schopenhaueriano.

En «El caballero de Erlaiz» viene un epílogo corto de nueve líneas, donde Pío Baroja, dueño de mansa serenidad dice de su personaje: «¡Y ahora, después de tantos años, de las aventuras de la juventud, de los trabajos de la madurez de don Adrián de Erlaiz y Uranga, no queda más que ese cuadro comprado por un trapero del Rastro de Madrid y que no lo quiere nadie! ¡Qué pobre miseria! ¡Qué cínico resto sin valor del sueño de la vida! Vita Somnium Breve».

En el prólogo de «Canciones del suburbio» insiste en este sentimiento tardío y desolador:

«Locura, humor, fantasía,
ideas crepusculares,
Versos tristes y vulgares,
eterna melancolía,

angustias de hipocondría,
soledad de la vejez,
alardes de insensatez,
arlequinada, zozobra,
rapsodias en donde sobra
y falta mucho a la vez».

.....

.....

«Viviendo en tiempo brutal,
sin gracia y sin esplendor».

En su final se advierte un gesto más preciso:

«Si tenía alguna suerte,
la tiré por la ventana;
si tenía algún talento
se lo ha llevado la trampa.
Soy como el agua del río,
que como nunca se para,
no deja más que rumores
por los sitios donde pasa.

.....

.....

Ya nada me preocupa:
ni el dinero ni la fama,
ni los honores y burlas,
ni los elogios o sátiras,
y sólo aspiro a dar fin
con decencia a la jornada.

.....

.....

Hay que dejar a los otros
el dolor y la esperanza,
los trabajos e inquietudes
y toda esta farsa vana».

Nos recuerda algo a Jorge Manrique y aunque parezca excesivo nos hace pensar en Carlos V, en Yuste, en Quevedo enclaustrado, en el desencanto de Don Quijote, en algunos poetas de este tiempo como Manuel y Antonio Machado cuando cantan en similar actitud. Dice Antonio:

«Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna»

.....
«Y, al cabo, nada os debo; debéisme cuánto he escrito,
a mi trabajo acudo, con mi dinero pago.
El traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
Y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo como los hijos de la mar».

Dice Manuel:

«Nada os pido, ni os amo, ni os odio. Con dejarme,
Lo que hago por vosotros podéis hacer por mí,
Que la vida se tome la pena de matarme
ya que yo no me tomo la pena de vivir».

Libro de versos de Baroja con «La Paloma», «El bonito tango de la revolución», «Los melodramas», «Casa de Préstamos», «Invitación a la Golfería», «El pinche del panadero», «Medinacelli», «Melancolía del Hotel», «La Casa de Salud», «Aldea Vasca», «Despedida», juglaresco y vagabundo, jugosa cima del Mester de Barojía.

Don Pío está en su punto al fin de su vida, ni le sobra ni le falta, ha llegado a sí mismo plenamente y condiciona todo un

período literario español, como un clásico. Sus últimos versos vienen con el regalo de una fotografía. Este de las «Canciones del suburbio, trae una impresionante y feraz. Una vasta cabeza redonda de casco lampiño que se prolonga en una frente baja, donde lo material son cuatro profundas arrugas paralelas; falta la quinta para el pentagrama. Es su frente una promesa de la semi-música de sus escritos.

Hemos leído las «Canciones del suburbio» con cincuenta o sesenta novelas de Baroja a la espalda y nos hemos encontrado en un ambiente familiar; es conocida para nosotros la tristeza y filosófica melancolía del autor. El libro estará bien para los que entendieron a Luis Murguía, el protagonista de «La sensualidad pervertida» y tiene además la utilidad del índice de las obras extensas. Cada poesía es una historia concisa, un ambiente de sus novelas, las de París, de Europa en general, de Castilla y del país vasco.—FERNANDO URIARTE.



PERSONAS Y LUGARES, por *George Santayana*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires

Santayana, a quien los periodistas norteamericanos, al entrar los aliados a Roma, encontraron viviendo en un convento, no ha querido dar opiniones sobre política o sobre la guerra. Se limitó a contestar: «Yo vivo en lo eterno». Es decir, las cosas de este pícaro mundo no le interesan y sólo deja a su espíritu espacio para la filosofía en largas meditaciones que, a sus años cargados de experiencia, contemplando la vida en distintas latitudes, lo inducen.

Pero este libro no es de filosofía o, por lo menos, si a lo largo de sus páginas hay pensamientos y conceptos que tengan relación con ellas, no ha sido el propósito de George Santayana. Aquí nos cuenta su vida, en páginas equilibradas, limpias de